

Militancia feminista en Argentina: camino a la revolución simbólica

Paula Daniela Franco

Resumen

El artículo investiga la relevancia del movimiento feminista en Argentina, surgido en los primeros años del siglo XX a raíz de la migración europea. Se analiza el poder simbólico en la lucha por nuevos derechos, enmarcado en debates de sociología política. Se examina la gestación del movimiento y su lucha por derechos políticos, así como la militancia feminista argentina y su poder de visibilización. Se considera que el reconocimiento social es esencial en esta disputa. Se recurre a autores como Foucault, Deleuze y Bourdieu, junto con investigaciones feministas de Millet, Tarducci, Trebisacce, Arendt y Varela, entre otros/as.

Palabras clave: feminismo, militancia, Argentina, movimiento social, mujeres.

Feminist Activism in Argentina: Towards Symbolic Revolution

Abstract

The article investigates the relevance of the feminist movement in Argentina, which emerged in the early 20th century as a result of European migration. It analyzes the symbolic power in the struggle for new rights, framed within debates of political sociology. The gestation of the movement and its fight for political rights are examined, as well as the Argentine feminist militancy and its power of visibility. It is considered that social recognition is essential in this dispute. Authors such as Foucault, Deleuze, and Bourdieu are consulted, along with feminist research by Millet, Tarducci, Trebisacce, Arendt, and Varela, among others.

Keywords: feminism, militancy, Argentina, social movement, women.

Introducción

En los primeros años del siglo XX se constituyeron los primeros grupos feministas en Argentina, en gran parte, a raíz de la fuerte corriente de migración de países europeos trayendo nuevas ideas. Se trató de una población que modificó sustancialmente el escenario social y político en Argentina al incorporar en la sociedad anarquistas, socialistas y sindicalistas revolucionarios. De esa forma, la sociedad se fue politizando cada vez más, en donde surgieron agrupaciones políticas y la multiplicación de militantes de los partidos, principalmente de la izquierda. En el presente trabajo se indaga sobre la importancia del movimiento feminista en Argentina. Para ello se expondrán características y especificidades del movimiento en la conquista y lucha por nuevos derechos. A su vez, se analiza el llamado poder simbólico como poder de los cuerpos. A través de los debates que la sociología política introdujo, a partir de fines del siglo XIX y del advenimiento de la sociedad de masas, se trabaja respecto de las preguntas fundamentales de la teoría política y social moderna.

En primer lugar se desarrollará qué es el movimiento feminista, haciendo un breve recorrido desde su gestación como fenómeno colectivo y la lucha por el reconocimiento real de derechos políticos. En segundo lugar se toma el caso puntual de la militancia feminista argentina y su propio *hábitus* en donde dichos agentes garantizan la posibilidad del ejercicio del poder y lo que se disputa. En ese sentido, se considera la relación simbólica como un capital de reconocimiento mismo que se visibiliza en la práctica. Todo capital necesita ser reconocido y mantenido ya que existe porque es disputado socialmente; sino hay deseo por el mismo no hay sentido, éste se pierde. Para este recorrido se tomarán en cuenta aportes fundamentales de autores clásicos referentes del campo del poder como Michel Foucault, Gilles Deleuze y Pierre Bourdieu. A su vez se tienen en cuenta aportes en relación al campo feminista consultando investigaciones como la de Kate Millet, Mónica Tarducci, Catalina Trebisacce, Hannah Arendt, entre otros/as.

Feminismo: un movimiento social

Un movimiento social es un concepto nativo para nombrar algo que no es la clase obrera. Puede ser definido como un conjunto de opiniones de una sociedad civil al Estado que plantea demandas que no tienen representación. En tal sentido, el feminismo significa adherirse a una forma de actuación política; tiene que ver con el conjunto de opiniones y preferencias sobre una idea para cambiar o sostener, Tilly (1978), Jenkins y Perrow (1977) y Oberschall (1978) mantienen que los agravios son relativamente constantes, que derivan de intereses de orden estructural articulados en las instituciones sociales, y que los movimientos surgen a partir de cambios a largo plazo en los recursos del grupo, en su organización y en las oportunidades de desarrollar formas de acción colectiva (Jenkins, 1994).

A partir de sucesos históricos emerge un movimiento social llamado feminismo¹ y eso se desarrolla en el ámbito de la sociedad civil. A principios del siglo XX se visibilizan algunas cuestiones como por ejemplo la relación entre las problemáticas de clase y las de género, que se entretajan y se potencian. El reclamo por las mejoras en las condiciones de vida convoca a las mujeres a las calles y las enfrenta con los poderes instituidos, y en ese enfrentamiento se generan grandes disputas en el terreno de lucha. “Los poderes, por otra parte, no son únicamente represivos, ellos, por el contrario, son productivos y se pueden volverse la propia piel en la que habitan los sujetos” (Trebisacce. 2014, p. 01).

Del mismo modo, Jenkins (1982) distingue entre los recursos de poder que proporcionan los medios de control de las acciones que se dirigen hacia la consecución de los objetivos y los recursos de movilización como pueden ser las facilidades que proporcionan de cara a la movilización de los recursos de poder (Jenkins, 1994). El surgimiento del movimiento feminista, los cuestionamientos y sus luchas sobre las distintas dimensiones de la vida de las mujeres dejan advertir momentos históricos plurales, que en cada espacio social van adoptando sus propias particularidades.

La mecánica del poder que persigue a toda esa disparidad no pretende suprimirla sino darle una realidad analítica, visible y permanente (...) la convierte en principio de clasificación y de inteligibilidad, la construye razón de ser y orden natural del desorden (Foucault, 1977, p. 57).

La concepción de un sistema político pluralista moviliza pensando en términos positivos, ya que permite la ampliación de intereses. Se trata de una movilización integrada en torno a esos intereses, ya que una sociedad siempre cuenta con intereses diversos. El potencial de movilización está en buena medida determinado por el grado de organización de grupo preexistente. Los grupos que comparten identidades distintivas fuertes y redes interpersonales densas exclusivas de los miembros de grupo están altamente organizados y por ello pueden movilizarse rápidamente (Tilly, 1978, pp. 62-63).

A partir de la primeraⁱⁱ y segunda olaⁱⁱⁱ, las mujeres aparecen menos clandestinas, cada vez más dueñas de sus cuerpos, tratando de conseguir más autonomía personal y colectiva. Los cambios en la estructura histórica de referencia vienen acompañados de una nueva conciencia teórica (Melucci, 1994), como en este caso, el rol y la identificación de la mujer. Como plantea García Linera (2001), es cierto que las formaciones de identidad son, ante todo, enunciaciones de significación que demarcan fronteras sociales, que inventan un sentido de autenticidad y alteridad con efecto práctico en el desenvolvimiento del sujeto así construido, pero son construcciones discursivas que trabajan sobre soportes materiales, sobre hechos, sobre huellas de la acción práctica. Esto significa que no hay una identidad exclusiva para unos agentes sociales involucrados en unos hechos sociales, pero tampoco hay todas las identidades posibles; hay un espacio amplio, pero claramente delimitado, de posibles conformaciones identitarias correspondientes a la cualidad diversa, compleja, pero delimitada, de los agentes y sus interrelaciones, que dan lugar a los sucesos.

Con relación a lo anterior, la autora Tarducci (2004) dice que la lucha de la emancipación humana es la lucha de personas que se transforman en sujetos políticos, con intereses colectivos. En un proceso semejante, las mujeres se van haciendo visibles frente a otros actores políticos tradicionales y no tradicionales y van interactuando con esos otros dentro de un espacio político común. Los fenómenos colectivos como resultado de múltiples procesos que favorecen o impiden la formación y el mantenimiento de las estructuras cognoscitivas y los sistemas de relaciones necesarias para la acción; en otras palabras: fenómenos colectivos en términos de acción, como indica Melucci. Esta “construcción social” de lo “colectivo” está continuamente en funcionamiento cuando tiene lugar una acción colectiva que a su vez, es un producto. Teniendo en cuenta que según Melucci, el carácter “colectivo” de un acontecimiento puede caracterizarse, en términos fenomenológicos, como la simple presencia de varios individuos que comparten un mismo espacio y tiempo, manifiestan comportamientos comunes. La acción colectiva llama a estar atentos a la gran división que instruye la automatización y la profesionalización de lo político (Offerle, 2011).

Es importante destacar que para que el feminismo sea reconocido como un fenómeno colectivo se debe diferenciar al menos tres distinciones analíticas: implica solidaridad (es decir, el individuo se reconoce a sí mismo como parte de esa unidad social, otros tienen carácter de agregación), existe la presencia de un conflicto (oposición entre dos o más actores por el control de recursos que dan valor, aunque también hay otros que se basan en el consenso), y realizan una transgresión de los límites de compatibilidad (del sistema de relaciones sociales limitando sin modificar su propia estructura, pudiendo describirse como formas de adaptación del orden).

En el caso Argentino, el contexto social y político que imperaba hacia fines del siglo XIX y principios del XX caracterizado por ciertas tendencias modernizadoras^{iv} y movimientos de protesta que venían de la mano de las corrientes inmigratorias. Anarquistas, socialistas, sindicalistas y, más tarde comunistas,

traían consigo ideales, formas de organización y de lucha que fueron puestos en acción para enfrentar a la élite dominante local. Tanto desde el socialismo como desde el anarquismo se luchaba para conjurar la opresión y las condiciones miserables a las que se hallaba sometida la clase obrera. Y más aún, las mujeres doblemente oprimidas por los maridos y los patrones, es decir, el patriarcado. Beechey sintetiza: “El concepto de patriarcado que ha sido desarrollado en los textos feministas no es un concepto sencillo o simple, incluso presenta toda una variedad de significados diferentes.

En el nivel más general, la palabra “patriarcado” ha sido empleada para referirse a la dominación masculina y las relaciones de poder a través de las cuales los hombres dominan a las mujeres (Millet, 1969). A diferencia de las escritoras feministas radicales como Kate Millet^{vi}, quienes solamente enfocaron el problema del sistema de dominación masculina y de subordinación femenina, las feministas marxistas han intentado analizar la relación entre la subordinación de las mujeres y la organización de distintos modos de producción”. Diversas organizaciones de mujeres que a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX luchan por el reconocimiento real de la ciudadanía y los derechos políticos, en particular el voto femenino, en sintonía con las tendencias modernizadoras de la época.

Para Touraine (1973) el conflicto es algo inherente a cualquier sociedad capitalista. Los movimientos sociales son acciones, conflictos que tienden a problematizar formas de acción social; ayuda a transformar normas y pautas políticas, económicas y sociales. Se desarrollan en el ámbito de la sociedad civil en donde hace falta transformar pautas sociales. Para el autor hay conflictos que conviven. En el caso del movimiento social de las mujeres, es importante tener en cuenta la capacidad de poner en juego la historicidad ya que estos modifican la forma de interacción social.

Ahora bien, pensando en un nuevo sujeto histórico que son los movimientos sociales, resulta relevante tener en cuenta en los terrenos de disputa la lucha de las mujeres que a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX luchan por el

reconocimiento real de la ciudadanía y los derechos políticos, en particular el voto femenino, en sintonía con las tendencias modernizadoras de la época. Es en ese siglo donde se construyen los primeros grupos feministas y donde muchas mujeres se adhieren al socialismo y al libre pensamiento al estar de acuerdo con los derechos civiles. En otras palabras: comienza la militancia.

Militancia feminista: *hábitus* y poder

Como punto de partida y base para entender la dinámica y la forma de organización de la mencionada militancia feminista, es menester abordar el trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. El gran problema de la sociología contemporánea está constituido por la determinación de la conducta de los sujetos, si son libres para actuar, soberanos de sus conductas o están condicionados por la sociedad y la cultura. El autor argumenta que el peso de las condiciones sociales no se imponen del exterior empujando al sujeto sino que existe una mediación del cuerpo pensado por la categoría de *hábitus*. Bourdieu da cuenta a través del concepto de *hábitus* de cómo tiene lugar la reproducción social de los esquemas cognitivos.

El *hábitus* es el conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan sobre él, utilizando para ello diferentes marcos de referencia. Estos esquemas “prácticos” han sido conformados de manera psicológica y socialmente en el marco de los procesos de socialización que ha experimentado cada sujeto, incluyendo los sujetos científicos, también socializados en su vida profesional por sus propios maestros, pares, compradores de servicios, etc. Esto lleva a pensar que las representaciones que se hacen del mundo no sólo se apoyan en marcos socio cognitivamente producidos, sino también en modos de significar y actuar socialmente estructurados (a nivel de las situaciones o hechos sociales que motivan tales representaciones y de las posiciones – *hábitus* de los sujetos “interpretantes” en la estructura social).

En síntesis, cuando nos expresamos, nuestras palabras y acciones no son simplemente nuestras, sino

que reflejan la sociedad en la que estamos inmersos y que se ha construido en nosotros a lo largo del tiempo. Esta sociedad internalizada en cada individuo no varía debido a diferencias personales, sino más bien porque ocupamos diversos espacios y roles sociales que nos posicionan de manera única en la estructura social. Cada posición social lleva consigo una serie de experiencias, perspectivas y formas de comprender el mundo, moldeando así nuestras interacciones y percepciones. Es importante reconocer que estas diferencias no son meramente individuales, sino que están arraigadas en la compleja red de relaciones sociales y estructuras de poder que configuran nuestra realidad.

El *habitus* en este sentido se pliega a la dominación sin tener conciencia de ello a través de comportamientos, prácticas y valoraciones que se presentan como naturales pero se trata de esquemas arbitrarios (históricos y sociales). La cuestión central es que dichas estructuras se interiorizan como modo en que el mundo se organiza para los sujetos, es decir, existe una evidencia del mundo sensato de que las coyunturas son efectivamente tal y como se presentan.

Uno de los puntos clave de su teoría consiste en no concebir a la sociedad como un único espacio de relaciones de poder. Así, postula la existencia de múltiples campos que componen la vida social. Desarrolla la idea de los campos que por un lado son de fuerza ya que en su centro tienen diferentes formas de capital a partir del cual se nuclean los agentes sociales y también son campos de batalla porque dichos agentes inmersos en un campo particular rivalizan por la apropiación del capital (aquello que está en juego en cada campo) o la definición de ese capital al interior de ese campo a partir de una lógica y reglas de juego configuradas en su interior.

A partir de dicha lucha quedarán delineadas las relaciones objetivas entre aquellas posiciones dominantes (aquellos que acumulan más capital o logran imponer como capital de un campo su propio capital) y las posiciones de los dominados (acumulan menos capital, no interiorizan el juego de manera total). Estos campos no se conciben como construcciones artificiales en la que los sujetos son conscientes de

su ingreso al juego autónomo sino que a lo largo de su vida los sujetos pasan por múltiples campos que se superponen y en los cuales va constituyendo él mismo una posición en cada uno.

En el caso de los campos sociales que, siendo el producto de un largo y lento proceso de autonomización, son, si puede decirse así, juegos en sí y no para sí, no se entra en el juego por un acto consciente, se nace en el juego, con el juego, y la relación de creencia, de *illusio* (Bourdieu, 2007, p.107).

A modo de ejemplo, la militancia feminista que tuvo lugar en los años setentas se desplegó alejada de las luchas en torno a las instituciones tradicionales y se orientó a dar batalla a los poderes (no-represivos sino productivos) que se desplegaban en otros ámbitos. Esta tuvo su campo de lucha y a su vez, lógicas y capitales simbólicos diferentes con distintas significaciones y sentidos.

Revolución simbólica... y feminista

Como señala Michel Foucault, en cualquier momento histórico las disputas que se despliegan en torno a los dominios sedimentados o institucionalizados no son las únicas existentes. El poder no se ejerce ni se resiste desde un sólo lugar (por ejemplo: el Estado), ni siquiera desde diversos puntos que terminan anudándose bajo un sentido único (la escuela y la familia disciplinando al individuo sólo para la explotación del capital); sino que los poderes se despliegan múltiples, desordenados, contradictorios y en distintos planos de la existencia.

El capital de cada campo existe como tal porque es aceptado/reconocido colectivamente, es decir, es simbólico, se trata de cualquier comportamiento, fuerza, artefacto o gesto en la medida en que es reconocido por otros y los diferentes grados de acumulación de capital definirán al interior de los campos las posiciones que ocupa cada agente. Al interior de cada campo, el capital simbólico^{vii} tomará diferentes formas.

En ese sentido, Marcela Nari y María del Carmen Feijóo (1994) sostienen que el proceso de modernización de la sociedad argentina repercutió especialmente en la vida cotidiana y en las relaciones intergeneracionales, con marcada intensidad en las mujeres de clase media. Hay un eje central que destaca el análisis de Trebisacce (2014) y que les otorga una potencialidad singular a las feministas porteñas: la orientación política hacia lo se puede pensar como discursos hegemónicos, los aspectos culturales de la dominación simbólica, en términos más concretos el “proceso de modernización cultural” o como señala la autora en términos foucaultianos el biopoder.

Ese biopoder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos (Foucault (2002[1974], p. 170).

Es por ello que Trebisacce (2014), dice que los cuerpos de las mujeres fueron modulados a modo de una población específica. Las dimensiones materiales y económicas forman parte integrada de estos entramados de dominación. La militancia feminista buscó dismantlar los mecanismos simbólicos de la opresión y de la violencia contra las mujeres. Aún sabiendo que “el poder biopolítico es un poder productivo que, como ya es bien sabido, no busca matar sino invadir/ producir la vida enteramente” (Foucault, 2002[1976], p. 169).

Para Touraine (1973) el conflicto es algo inherente a cualquier sociedad capitalista. Los movimientos sociales son acciones, conflictos que tienden a problematizar formas de acción social; ayuda a transformar normas y pautas políticas, económicas y sociales. Se desarrollan en el ámbito de la sociedad civil en donde hace falta transformar pautas sociales. Para el autor hay conflictos que conviven. En el caso del movimiento social de las mujeres, es importante tener en cuenta la capacidad de poner en juego la historicidad ya que estos modifican la forma de interacción social.

Es por ello que la militancia feminista, estuvo dirigida a dar una batalla en el campo cultural. Dentro del campo de la militancia, se lucha por un objetivo común que implica una ideología particular, la materia prima a partir de la cual se deben seguir ciertos pasos. Para poder dar cuenta de la lógica de cada campo, es necesario observar y entender los comportamientos que se les exige a los agentes, exigencia que es prerreflexiva, interiorizada como natural y espontánea y que Bourdieu denomina *habitus*.

Este es el mediador entre el sujeto (cuerpo) y las condiciones sociales producto de una interiorización del sentido que expresa el comportamiento del otro en relación a la situación, respondiendo a comportamientos de clase. De esta manera los agentes hacen lo que hay que hacer en cada campo sin que nadie se los pida. Se trata de un sistema de disposiciones duraderas y transferibles que se interiorizan durante la socialización primaria, cuando no se tiene conciencia de la mediación corporal con el mundo, por eso se trata de una subjetividad socializada. El *habitus* en este sentido, es un principio generador de comportamientos ya que dependiendo de la situación, del campo en el cual se esté situado, se convoca al *habitus* a actualizar disposiciones que tienen existencia adormecida en el cuerpo propio como respuesta práctica.

Las relaciones de poder están presentes y se desarrollan constantemente. En ese sentido, Foucault sostiene que todo poder aunque positivo y productivo, engendra también sus propias resistencias. “Porque el poder es relación, y la relación de poder es estrictamente lo mismo que una relación de fuerzas” (DeLuze, 2014, p. 12). Los medios de comunicación (por ejemplo, Revistas), han interpelado biopolíticamente a las mujeres para que estas actúen de determinada manera. Por otro lado, es posible mencionar que Carla Lonzi (1972) sostiene que el Estado y los partidos políticos constituían un modo de entender y practicar la política que no podían de ningún modo dar cuenta de la dimensión en el que las feministas daban sus peleas. Ella dice que lo que debían ocuparse las feministas era de hacer una revolución simbólica, y la

misma no podía dirimir en las batallas en torno al poder estatal.

La revolución simbólica, que no se daría en el terreno de la política tradicional, tendría otros dos campos de intervención, necesarios y simultáneos. Uno de ellos sería el campo social construido justamente y especialmente por los discursos modernos que circulaban en los *mass media*; lo que Hannah Arendt (2003[1958]) denominaba la esfera pública-social, donde reina no la política sino de la costumbre. Y por otro lado, y simultáneamente, las feministas lucharían colectivamente en el orden subjetivo, de lo íntimo personal de cada una (Trebisacce, 2014, p.11).

Como indica la autora, se trata de regímenes que de verdad se desplegaban en el terreno de lo público-social y no de lo público-político, y que correspondían a los discursos de modernización sociocultural que circulaban especialmente en los medios masivos de comunicación. Las feministas estaban buscando una revolución simbólica y cultural. Las luchas de las feministas no se orientaban, inmediatamente, a discutir la economía o política del país, sino a los regímenes (de verdad) sociales que circulaban en el campo cultural, por ejemplo, a través de las revistas de moda y actualidad. En otras palabras, las militantes feministas “buscaron cuestionar los discursos modernos que las interpelaban produciéndolas (biopolíticamente) como mujeres modernas, cositas-bellas, madres, de orgasmos vaginales propiciados por sus parejas varones” (Trebisacce. 2014, p.25).

Conclusiones

El feminismo emerge como un fenómeno moderno, hallando su lugar en un contexto que proclama el nacimiento de una sociedad más justa y democrática, en la cual la conquista de derechos se torna cada vez más prominente. Concebido como un movimiento social, el feminismo representa una estructura de acción colectiva capaz de establecer metas de movilización y de generar asociaciones y representaciones simbólicas en los ámbitos político, económico y cultural. En este marco, el período de lucha

feminista en Argentina, a menudo interpretado como una época de retroceso en las reivindicaciones del rol de la mujer, se enmarca en el desarrollo de movimientos sociales dentro de la sociedad civil. Este conflicto social, manifestado como una protesta que resuena en el espacio público, refleja la capacidad de un grupo para plantear demandas frente al Estado.

La posición de los agentes involucrados garantiza la posibilidad de ejercer el poder y disputarlo. La relación simbólica emerge como un capital de reconocimiento que define la visibilidad de los actores sociales. Todo capital requiere reconocimiento y mantenimiento, ya que su existencia depende de la disputa social; de lo contrario, pierde su significado. La adhesión al feminismo implica adoptar una forma de acción política. Para las militantes feministas, el objetivo era nada menos que una “revolución simbólica” contra los estereotipos y roles de género asignados a las mujeres, particularmente el de ser objeto de deseo masculino, esposa y madre. La militancia feminista operó desde su propio hábitus, conformado por individuos con un entorno social homogéneo que compartían estilos de vida similares. El concepto de identidad colectiva que impulsa el feminismo arraiga las expectativas de los agentes en un tiempo histórico compartido.

La consolidación del feminismo en Argentina en el siglo XX coincidió con la búsqueda de derechos a través de la militancia y el ejercicio del poder. Esta lucha se centró en el campo cultural, evidente en las páginas de las revistas y en la pantalla de televisión, dentro del marco de la renovación periodística que marcó la modernización sociocultural de décadas anteriores. En conclusión, el feminismo en Argentina ha sido un motor de transformación social y cultural, desafiando los roles de género establecidos y abogando por una sociedad más equitativa e inclusiva. Aunque ha habido momentos de avance y retroceso en esta lucha, el movimiento feminista ha logrado importantes conquistas en términos de derechos y visibilidad. Sin embargo, queda mucho por hacer para alcanzar la plena igualdad de género y erradicar la discriminación y la violencia contra las mujeres. Es fundamental seguir promoviendo el activismo feminista y ampliando el

diálogo sobre las cuestiones de género en todos los ámbitos de la sociedad.

Referencias

Arendt, Hannah (1996 [1958]) *La condición humana*.

Barcelona: Paidós. Selección: Capítulos 1, 2 y 5.

Bourdieu, Pierre (2000 [1987]) “Espacio social y poder simbólico” (pp. 127-142), en *Cosas dichas*. Madrid, Gedisa.

Bourdieu, Pierre. (2007)., “Estructuras, habitus, prácticas, en *El sentido práctico*, Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre (2007). “La creencia y el cuerpo”, en *El sentido práctico*, Siglo XXI.

Bourdieu, Pierre (2007). “Los modos de la dominación”, en *El sentido práctico*, Siglo XXI.

Bourdieu Pierre (1997 [1993]) “Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático” (pp. 91-137), en *Razones prácticas*. Barcelona, Anagrama.

Deleuze, Jacques (2014) *El poder*. Curso sobre Foucault, Tomo II, Buenos Aires, Cactus. Selección: Clases 1 y 2.

Foucault, Michel (2002 [1976]). *Historia de la sexualidad I. la voluntad de saber*, México, Siglo XXI.

Foucault, Michel (1991 [1976]) *Las redes del poder*, Buenos Aires, Ed. Almagesto.

Foucault, Michel (2007 [1978-1979]) *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. Selección: “Clase del 10 de enero de 1979” (pp. 15-41) y “Resumen del curso” (pp. 359-366).

García Linera, Alvaro (2001), “Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia”, en Álvaro García Linera, Felipe Quispe.

Melucci, Alberto (1994). “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”, en *Zona -Abierta No 69*, Madrid.

Jenkins, Craig (1994). “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, en *Zona Abierta*, No 69, Madrid.

Tarducci, Mónica. (2004). “Reflexiones de una feminista estudiando mujeres pentecostales.” En: Lago, Grossi, et. a. (orgs). *Interdisciplinaridade em dialogos de gênero*. Florianópolis, Mulheres.

Trebisacce, Catalina. (2014). *Revoluciones simbólicas y de militancia en las feministas porteñas de los setenta*. M. Tarducci (Comp.). *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina*, 7-36

El feminismo es un conjunto heterogéneo de movimientos políticos, culturales, económicos y sociales que tiene como objetivo la búsqueda de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, y eliminar la dominación y violencia de los varones sobre las mujeres y de los roles sociales según el género, además de una teoría social y política. La influencia del feminismo ha conseguido cambios en ámbitos como el derecho a la educación, el voto de la mujer, el derecho al trabajo, la igualdad ante la ley o los derechos reproductivos, entre muchos otros.

“La primera ola del feminismo, según la genealogía del feminismo y la cronología de los estudios actuales sobre feminismo, se sitúa en la Ilustración, a mediados del siglo XVIII, referencia del nacimiento del feminismo moderno.

“La “Segunda Ola Feminista” se dio desde mediados del siglo XIX hasta la década de los cincuenta del siglo XX. Aborda entre sus puntos principales el derecho al voto femenino.

“El contexto revolucionario, gestado a partir de las revoluciones independentistas del siglo XIX, y posteriormente a aquellas que se inspiraron en la revolución cubana, en las cuales las mujeres han tenido marcada participación especialmente vinculadas con los sectores populares.

“Kate Millet publicó en 1969 su tesis doctoral, ‘Política sexual’, que se ha convertido en un ensayo clave en la historia del feminismo occidental y representativa de la segunda ola. Se tradujo por primera vez al español en 1975, en México, comenzando así a difundirse en los círculos feministas latinoamericanos.

“Introducido por Bourdieu, se trata de ciertas propiedades que parecen inherentes a la persona misma del agente, como la autoridad, el prestigio, la reputación, el crédito, la fama, la notoriedad, la honorabilidad, el buen gusto, etc. Así entendido, el capital simbólico “no es más que el capital económico o cultural en cuanto conocido y reconocido” (1987, p. 60).